




### CAPÍTULO TERCERO

La contra-revolución en Francia.

 La revolución de París navegaba entre dos escollos, los ultra-revolucionarios y los reaccionarios, en los que no podía menos de estrellarse. Su victoria sobre los primeros, lejos de robustecerla, la debilitaría, entibiando su fe en los ideales y empujándola por el camino de la reacción, por el que no dejaría de avanzar hasta hundirse en el imperialismo. El diez de Mayo, Luis Blanc renovó en la Constituyente su proposición de crear un ministerio del trabajo y del progreso, que fué rechazada casi por unanimidad, votándose, en cambio, una Comisión investigadora acerca del trabajo industrial y agrícola. Disgustados por esta resolución, los delegados del Luxemburgo publicaron una declaración negándose á concurrir á la fiesta de la Concordia, que se había decretado para celebrar la reunión de los representantes del pueblo en París, al tiempo que los clubs acordaban ir en masa á la Asamblea, á presentar una petición para que Francia interviniese á favor de la desventurada Polonia. En efecto, el quince, desordenada muchedumbre de obreros y guardias nacionales armados se puso en marcha hacia el Palacio de Borbón. No reinaba entre los jefes conformidad acerca del fin perseguido: el Comité del Luxemburgo, Blanc y Alberto pensaban sólo en una manifestación pacífica; los antiguos revolucionarios Blanqui, Barbes y otros jefes de club maquinaban aprovecharse de la coyuntura para llevar á cabo una revolución. Mal custodiado el Palacio, la muchedumbre lo invadió y penetró en el salón de sesiones gritando: ¡Viva Polonia! La confusión fué espantosa.

El presidente hubo de retirarse y, tras él, casi todos los diputados. Entonces, uno de los jefes de la manifestación, Huber, declaró disuelta, en nombre del pueblo, la Asamblea nacional y proclamó un gobierno provisional en que, á pesar de sus protestas, Luis Blanc y Alberto figuraban al lado de Barbés y Blanqui. En el ínterin, otro bando se había apoderado de la casa del Ayuntamiento. El motín fué breve. Al toque de generala, la guardia nacional y la guardia móvil acudieron y disolvieron á los manifestantes, siendo presos Alberto y Barbés, á los que condenó más tarde en Bourges un alto tribunal.

Desacorde la Asamblea en las cuestiones interiores, sus divisiones trascendieron á la calle formándose varios círculos, cuyo más célebre fué el de la calle de Poitiers, en el que se inscribieron todos los políticos de opiniones reaccionarias en cualquier grado, desde los legitimistas y los clericales hasta los liberales de la antigua izquierda dinástica, como Odilón Barrot. No tardó en inscribirse también Thiers, por temor al socialismo, decía, pareciéndole preferible la enseñanza del clero, que detestaba, á la de una demagogia sectaria. «He cambiado, escribió, no por una revolución en mis convicciones, sino por una revolución en el estado social.» Frente á este círculo, se había organizado el del Palacio Real, poco menos numeroso, que perseguía la república democrática aplicada á la organización de todas las instituciones «compatibles con el respeto de la familia y de la propiedad», y se proponía defender á la comisión ejecutiva «contra todos los ataques injustos ó sistemáticos.» Menos concurrido que los anteriores era el centro de la calle de las Pirámides, abierto al efecto de «asegurar el triunfo de la república democrática y social», pero en cuyo programa, aun atacándose con viveza el presente estado social, se inculcaba el respeto al derecho de propiedad. No eran extraños estos centros á los extensos grupos que á diario se formaban en varios puntos de la capital, especialmente en las puertas de San Dionisio y San Martín, con motivo de las próximas elecciones para reemplazar á los diputados que habían sido elegidos por más de un distrito. Andaba en estos grupos la mano de varios partidos, sobre todo del bonapartista. Agentes celosos y activos corrían de un punto á otro, repitiendo que era menester elegir á Luis Napoleón Bonaparte, amigo del pueblo, autor de la *Extinción del pauperismo*; que era menester, no ya enviarle á la Cámara, sino nombrarle jefe del gobierno. Habíase formado con asombrosa rapidez una facción de hombres atrevidos y aprovechados, desocupados que no hallaban puesto en la república y que soñaban con hacer fortuna bajo un nuevo imperio, los cuales utilizaban todos los medios de propaganda, periódicos, folletos, litografías y medallas con el busto del pretendiente de Strasburgo y de Bolonia; ponían por delante los viejos soldados y los viejos uniformes del gran ejército, restos siempre amados y venerados del pueblo, y pagaban cantores por las calles para que repitiesen en todas partes coplas napoleónicas. Sus trabajos hacían mella en multitud de obreros y de pequeños burgueses, en cuyas imaginaciones el nuevo Napoleón republicano y socialista se

mezclaba por extravagante modo con el Napoleón de la columna y de las canciones de Beránger. El partido jugaba con dos barajas. Mientras que aventureros predicaban á los obreros de las ciudades un bonapartismo socialista, personajes de condición hablaban en la calle de Poitiers de Napoleón como garantía de orden y de defensa social.

Las reelecciones se verificaron el ocho de Junio. En París, Luis Bonaparte obtuvo ochenta y cuatro mil votos; Proudhon, setenta y siete mil. En los departamentos, Thiers, derrotado el veintitrés de Abril, fué elegido en cinco distritos: Luis Bonaparte, en cuatro.

No intrigaban los bonapartistas menos en el ejército que en el pueblo. El diez de Junio, se denunció á la Asamblea el hecho de que un regimiento, al entrar en una capital de departamento, había gritado: ¡Viva el Emperador! El general Cavaignac, ministro de la Guerra, se lanzó á la tribuna, negando que existiesen semejantes sentimientos en el ejército: «Entrego á la execración pública, dijo, al que ose poner su mano sacrilega sobre la libertad del país.» La energía con que el ministro pronunció estas palabras impresionó á la Asamblea.

Patente la conspiración bonapartista, aunque la Constituyente había tomado en consideración la proposición de derogar la ley de mil ochocientos treinta y dos que desterraba á los Bonapartes, la Comisión ejecutiva creyó necesario aplicarla á Luis Napoleón, haciéndole prender si volvía á Francia. Lamartine fué el encargado de leer la declaración á la Cámara. Empezó pidiendo un voto de confianza para la Comisión, por los ataques de que ésta era objeto, y luego, interrumpiéndose de pronto, anunció que, en aquel mismo instante, sediciosa muchedumbre gritaba en la plaza de la Concordia: «¡Viva Napoleón, viva el Emperador!», y que se había disparado contra el jefe de la guardia nacional, Clemente Thomas. Concluyó leyendo: «La Comisión ejecutiva, considerando que Francia quiere fundar en paz el gobierno republicano sin ser perturbada en su tarea por pretensiones dinásticas y que Luis Bonaparte se ha presentado dos veces como pretendiente..... declara que hará ejecutar respecto de Luis Bonaparte la ley de mil ochocientos treinta y dos, hasta el día en que la Asamblea nacional decida otra cosa.» La Cámara aplaudió al orador y otorgó el voto de confianza. No tardó en desdecirse. Al día siguiente, trece de Junio, hubo de deliberar acerca de la validez de la cuádruple elección que Luis Bonaparte había obtenido, y con una inconsecuencia de que quizás no haya ejemplo, votó la validez, condenando lo que había aplaudido la víspera.

El quince de Junio, vuelta al bonapartismo. El presidente de la Asamblea leyó una carta que acababa de recibir de Luis Bonaparte. «Sé, escribía éste, que mi elección sirve de pretexto á deplorables trastornos..... Si el pueblo me impone deberes sabré cumplirlos; pero desautorizo á todos los que me atribuyan ambiciones que no abrigo»..... La frase «si el pueblo me impone deberes,» indignó á los representantes. Cavaignac hizo notar que

en la carta no se pronunciaba la palabra república, y Julio Favre se expresó contra Bonaparte con tanta mayor vehemencia cuanto que había votado su admisión, pidiendo que la misiva se remitiese al ministerio de Justicia. Al día siguiente, nueva carta del pretendiente enviando su dimisión, «para no favorecer involuntariamente el desorden.»

Mucho más que sus agentes y partidarios, favoreció la causa de Bonaparte la supresión de los talleres nacionales, que propuso el ponente de la comisión nombrada al efecto, Falloux, legitimista católico, enérgico é insinuante á la vez, tenaz y ductil, de rara habilidad y de inflexible perseverancia, por las cuales dotes había adquirido en la Asamblea una influencia mucho mayor de la que correspondía á la escasa fuerza que acaudillaba. Los obreros, amenazados de perder su único medio de vivir, se prepararon á la resistencia. El veintiuno de Junio, el ministro de Trabajos públicos dió un decreto declarando disueltos los talleres nacionales é invitando á los obreros á alistarse en el ejército como soldados, ó partir á provincias á levantar terraplenes. El veintidós, unos sesenta cabecillas de los talleres se reunieron en el barrio de San Marcelo, convocados por un tal Pujol, orador apasionado de las reuniones políticas, individuo del club Blanqui al par que ardiente bonapartista. El veintitrés por la mañana, una delegación de mil doscientos á mil quinientos individuos se fué con sus banderas, á nombre del comité del Luxemburgo y de los talleres nacionales, á presentar una reclamación al Gobierno. El ministro Marie le contestó: «Si los obreros no quieren partir por su voluntad, les haremos partir á la fuerza.» Por la tarde se reunió en el Panteón muchedumbre de obreros, á los que Pujol arengó y citó para el día siguiente á las seis de la mañana. Á esta hora, concurrieron, ante la columna de la Bastilla, unos siete mil, que como un sólo hombre se arrodillaron y gritaron: ¡«La libertad ó la muerte.»! Una muchacha llevó un ramillete á Pujol, que lo ató al asta de una bandera, y en seguida partieron por grupos á sus barrios á levantar barricadas. La guerra civil empezaba.

A las ocho de la mañana, la Comisión ejecutiva llamó al ministro de la Guerra, para convenir el sistema de defensa que convenía adoptar. La Comisión quería enviar tropas á todas partes é impedir que se construyesen barricadas; Cavaignac opinaba reunir las tropas alrededor de la Asamblea y luego, de allí, tomar la ofensiva lanzando fuertes columnas á los puntos más peligrosos. «Si una sola de mis compañías rinde las armas, exclamó, me saltaré la tapa de los sesos.» La Comisión cedió.

Sin embargo, no hubo el veinticuatro, por parte del gobierno, ni plan ni tino. Sólo se combatió parcialmente á los insurrectos, los cuales fueron ensanchando sin cesar la esfera de su acción. Las barricadas eran tan pronto recobradas como tomadas; de hora en hora, la insurrección se presentaba más formidable. Al amanecer el veinticinco de Junio, los rebeldes eran dueños de casi todo París. A las diez, la Asamblea declaró la ciudad en estado de sitio y confirió amplios poderes al ministro de la Guerra; la Comisión

ejecutiva presentó la renuncia, y el general Cavaignac quedó de único jefe del Estado. Disponía de veinte mil soldados, la guardia móvil y la guardia nacional de los cuarteles del Oeste, á los que se agregaron luego los guardias nacionales que fueron llegando del término y de los departamentos.

Cavaignac era republicano sincero. Empezó por una proclama de sencillez varonil y de austera grandeza. «Vuestra sangre, decía á los guardias nacionales, no habrá sido vertida en vano..... El porvenir de Francia y de la república depende de vuestra conducta heroica. Nada se funda sin dolores ni sacrificios.» A los soldados les decía: «Sed fieles á las leyes del honor y de la humanidad, sed fieles á la república. A vosotros, á mí, un día ú otro, tal vez hoy, nos será dado morir por ella; que sea ahora mismo si hemos de sobrevivir á la república.» A los insurrectos hablaba así: «Ciudadanos, en nombre de la patria ensangrentada, en nombre de la república que vais á perder, en nombre del trabajo que pedís y que nunca se os ha rehusado, defraudad las esperanzas de nuestros comunes enemigos..... El gobierno sabe que en vuestras filas hay hermanos extraviados, á los que llama á los brazos de la patria.»

Los insurrectos desatendieron por desgracia tan bellos consejos, y Cavaignac ordenó tomar la ofensiva bajo la dirección de tres generales: Damesme, por la orilla izquierda; Duvivier, hacia la casa capitular; Lamoriciere, por el norte de París. La lucha duró otros tres días, hasta el veintiséis de Junio. Los insurrectos se mantuvieron á la defensiva, siendo desalojados de sus cuarteles á cañonazos y á nutridas descargas de fusilería. Para evitar tanta carnicería, la Asamblea votó un crédito de tres millones en concepto de socorro, á distribuir entre los obreros de París, y el jefe del poder ejecutivo y el presidente de la Asamblea votaron una proclama, en que decían á los insurrectos: «Venid á nosotros, venid como hermanos arrepentidos y sumisos á la ley; los brazos de la república están abiertos para recibirlos.» Un valiente, el representante Gali-Cazalat, fué á leer el decreto y la proclama en el cuartel del Temple, y se le escuchó; luego penetró en el barrio de San Antonio, en el que entraba al mismo tiempo y con el mismo fin el arzobispo Affre, que fué herido de muerte á los pocos pasos, en el ejercicio de su santa función pacificadora. El veintiséis, sólo quedaba en poder de los insurrectos este último barrio, que fué cañoneado y presos sus últimos combatientes. Al abrirse, á la una y media, la sesión de la Constituyente, el presidente anunció que todo había concluido. Se amontonó y maltrató á los prisioneros, en número de unos once mil, y la Asamblea decretó deportarlos en masa. Treinta y dos periódicos fueron suprimidos, y todos los clubs cerrados provisionalmente. Estas jornadas dejaron hondo recuerdo de odios entre obreros y burgueses, y completaron la ruina de la organización socialista.

El general Cavaignac, entendiendo que no debía conservar por más tiempo la especie de dictadura que se le había conferido, depositó sus poderes en manos de la Cámara, la

cual se los devolvió con el título de Presidente del Consejo de Ministros. Las circunstancias en que el General tomaba el poder eran bien difíciles. Juan Reynaud definió la situación durante la lucha con esta amarga verdad: «Perdidos, si somos vencidos; perdidos, si somos vencedores.» En efecto, victoriosa, la sociedad política iba á marchar en pocos meses al cesarismo monárquico, por el camino de la reacción; vencida, hubiese ido en pocos días al cesarismo demagógico, por el camino de la anarquía.

Cavaignac formó un ministerio de republicanos anti-socialistas, y nombró general en jefe de la guardia nacional de París á un oficial realista, Changarnier. El nuevo Gobierno adoptó una política prudente, tendiendo de un lado á calmar á las clases obreras con medidas bienhechoras, y de otro á prevenir nuevos conflictos mediante medidas represivas. Para lo primero, la Asamblea votó otros tres millones á favor de las asociaciones, ya compuestas de obreros solos, ya de obreros y patronos; autorizó al ministro de Trabajos públicos á dar ocupación á las sociedades obreras, y limitó la jornada de trabajo á doce horas: para lo segundo, restableció la fianza para los periódicos, restauró las leyes de mil ochocientos diez y nueve y mil ochocientos veintidós relativas á los delitos de imprenta, y reglamentó las sociedades políticas. En medio de estas discusiones, reapareció otra vez en la tribuna el socialismo, por órgano del sectario que había luchado contra todos los sectarios: Proudhon. De formas violentas y provocativas, Proudhon se había captado la antipatía de todos. Como negaba todo lo que existía y todo lo que los demás proponían, se le invitó á que expusiese á su vez lo que pensaba. Accedió, presentando una proposición por la que se obtendría, sin violencia, sin expropiación y sin bancarrota, «la liquidación de la vieja sociedad», ó sea la abolición de la propiedad. Consistía el secreto en obligar á los capitalistas y renteros á ceder, á título de préstamo, á sus inquilinos, arrendatarios y deudores el sexto de su renta, y verter en las arcas del Estado, á título de impuesto, otro sexto destinado á fundar un Banco de cambio. No le fué difícil á Thiers, que por primera vez se presentaba en la tribuna desde la revolución de Febrero, mostrar lo vano y quimérico de aquel proyecto, más impracticable que ninguno de los que Proudhon había tan acerbamente censurado á sus correligionarios. Este debate sugirió á Thiers la idea de organizar contra el socialismo una propaganda de libros y folletos, siendo uno de los más notables que se publicaron el suyo *De la Propiedad*. La Asamblea se apartó de aquella política prudente al votar el tres de Agosto la autorización para procesar á Luis Blanc y á Caussidiere, á los que dejó tiempo el Gobierno para marcharse á Inglaterra.

El diez y siete de Septiembre se efectuaron elecciones parciales, que revelaron lo mucho que había cambiado la opinión. El número de votantes fué escaso, y la gran mayoría de los elegidos, conservadores. Luis Bonaparte triunfó en cinco departamentos. Su nombre y el de Raspail, el día que se los proclamó en París, fueron acogidos al grito de «¡Vi-